

HAY QUE BUSCAR A PEREIRA

VICTORIANO CRÉMER

DEBIERA parecer innecesario escribir el elogio de Antonio Pereira en un lugar como León, que está obligado a conocer perfectamente cuántos y de qué entidad son los méritos que le abonan. Y sin embargo, es, además de obligado, imprescindible. Porque León, los leoneses, pueden alardear perfectamente de ser la tribu de mayor capacidad para el olvido, de más sólidos anclajes en la indiferencia.

En cualquier otro lugar del universo mundo, dibujado en los mapas como una Región de poco más de quinientos mil habitantes, y dispuesta como un rompecabezas pintoresco, con sus variaciones y peculiaridades, que es el caso claro de nuestra provincia, la presencia de un núcleo tan importante, tan formidablemente dispuesto para la total conquista de los puestos clave de la literatura y de la poesía, como el que puede ofrecer León incluso a los más exigentes aduaneros, con nombres de tanta alcurnia y disposición como los de Antonio Colinas, Premio Nacional de Poesía o el Díez Mateo, Premio Nacional de Literatura, por no arriesgar una nominación en la que pudiera olvidarse a quien más posibles méritos ostente, sería motivo de permanente exaltación.

EN León por el contrario, los nombres pasan, las glorias se desvanecen y el mundo sigue andando.

De ahí que a mí entendimiento de la equidad, de la justicia y de la verdad, le parezca obligado adelantar juicios definitivos, si se quiere extremados en la forma, pero respondiendo en el fondo a una necesidad: Así, cuando decimos que Antonio Pereira, aquel muchacho que saliera hace ya algunos años de tierra berciana, con un soneto bajo el brazo, para "echarle", para rezarle temblorosamente en el escenario del Teatro Principal, es uno de los dos o tres escritores -no más- de la nómina de los leoneses dedicados a la literatura, de más soberbia dotación, de sensibilidad más transparente, de más fluido discurso, de imaginación más viva y de estilo más penetrante, no hacemos sino sugerir unos dispositivos sobre los cuales conviene que recaiga la atención de los lectores.

"El Síndrome de Estocolmo", su último libro (¿de relatos cortos? ¿anotaciones sobre la marcha? ¿pesquisas psicológicas en profundidad? ¿magníficos cuadros de una

exposición?), aparecido, es la confirmación de un fenomenal escritor, del mejor prosista leonés, del más fervoroso animador literario. Confieso una vez más (ya lo proclamé en su día a viva voz) que la obra de Antonio Pereira me produce gozo, serenidad y envidia. Me siento poseído por esa espléndida virtud de la envidia, si me detengo en sus versos, si me dejo ganar por sus originales definiciones, si alcanzo el misterio de sus relatos o cuentos, o anotaciones o pesquisas.

ENVIDIA que se ve acrecentada ante la armoniosa arquitectura de este Cuaderno de navegar por todos los mares del sur, de este libro de viajes por todas las tierras planetarias, de este friso de hombres de todas las etnias, de todas las confesiones espirituales.

La transparencia y fina y levemente humorística prosa de Antonio Pereira, que ya dejara huellas en sus Cuadernos anteriores ("Los brazos de la i griega" o "Historias veniales de amor"), alcanza en este libro lo que los críticos anuncian como la más alta cota, la madura dominación de su instrumental de comunicación.

Pero, ¡cuidado!, que nadie se deje engañar por las apariencias, por la levedad y la brillantez del lenguaje, ni siquiera por el pintoresco colorido del paisaje, ni por la línea sugestiva de las figuras humanas con las que el viajero establece contacto, porque en el entramado del tapiz se perciben claramente hilos de oro o duros bramantes. Nadie sea tan frívolo como para pasar por delante de la "Casa de Niñas en Acapulco", y acepte sin más la idea de que se encuentra ante un relato a -lo Álvaro de Retana o el Felipe Trigo de "La Novela Semanal". Porque incluso en esos juegos, piadosamente burlescos, a los que de vez en cuando se entrega Antonio Pereira, surge la frase aguda como el corte de una navaja o la declaración ideológica de fundamentos humanísticos.

COMO cuando el taxista ocioso de la Avenida de Acapulco le dice al forastero: "Más duro es no tener para cenar", o cuando en el apasionante diálogo con Borges, anota: "El tiempo no se detiene nunca... En un parque de Londres hay un reloj con una inscripción terrible: "Siempre es más tarde de lo que crees".

Antonio Pereira, no es un escritor al que se accede por la vía cómoda de la facilidad, de la levedad o de la frivolidad. Antonio Pereira es el mejor prosista de cuantos componen la ancha y rica nómina de escritores leoneses. Lo que sucede con Antonio Pereira es que, como con las brujas, "hay que dar con él..."